

## **Mi padre me da pan: Lo que la comunidad LGBTQ+ necesita de la Iglesia**

*¿Quién de ustedes, si su hijo le pide pan, le dará una piedra? ¿O si le pide un pez, le dará una serpiente? Pues si ustedes, que son malos, saben dar cosas buenas a sus hijos, ¿cuánto más su Padre que está en los cielos dará cosas buenas a los que se las pidan? ~Mateo 7: 9-11*

"Si está mal, tendrás que mostrarme otro camino, porque simplemente no puedo verlo". A los diecinueve años, susurré esta oración a Dios, cerré mi Biblia y volví la cara. En medio de mi experimentar las relaciones lesbianas, cuestionaba [las enseñanzas cristianas sobre la conducta sexual entre personas del mismo sexo](#). Muchos líderes cristianos -desde participantes católicos en el Sínodo hasta pastores evangélicos de mega iglesias- se plantean ahora preguntas similares. Pero ¿son de buena fe todas las preguntas sobre doctrinas establecidas? Con mucha frecuencia, preguntamos porque no nos gusta la respuesta. Nuestras "preguntas" se plantean para exigir una respuesta diferente.

Experimenté por primera vez la atracción hacia personas del mismo sexo durante una reunión de un grupo de jóvenes en una iglesia Bautista. Estaba sentada en el suelo, con la espalda apoyada en el sofá. Inocentemente, una de nuestras líderes, una joven casada, empezó a jugar con el pelo que me llegaba hasta la cintura. Una oleada de sentimientos brotó de lo más profundo de mi ser. Me sentí confusa mientras mis emociones se dirigían hacia ella. Tales sentimientos fueron tan impactantes como inesperados, pero a la vez fuertes, irresistibles. A los doce años, no podía saber que el conflicto entre mi sexualidad y mi fe se convertiría en la batalla más profunda e intensa de mi vida.

Aunque la etiología de la atracción por personas del mismo sexo no siempre está clara, yo relaciono la mía con dos experiencias infantiles adversas, un par de heridas profundas. En primer lugar, me separaron de mi familia biológica cuando era un bebé. Aunque mis padres adoptivos eran amables y cariñosos, esta profunda ruptura dejó una "[herida primaria](#)". Añoraba a mi madre biológica desde mis primeros recuerdos y me sentía atraída por cualquier mujer que me mostrara cariño o amabilidad. En segundo lugar, a los diez años, un tío abusó sexualmente de mí repetidamente durante unas largas vacaciones de verano. Éstas son las "vías gemelas", impresas en mis primeros años de vida, que afectaron profundamente mi desarrollo, tanto sexual como de otro tipo.

Cuando dos años más tarde empezó a surgir la atracción hacia personas del mismo sexo, me sentí mortificada y avergonzada e hice todo lo posible por ocultar esos sentimientos. En la Prepa, estaba

confusa, dolida y pensaba en el suicidio, [una historia común que no ha mejorado con el tiempo](#), a pesar de los crecientes esfuerzos de "aceptación" en la escuela y la sociedad. Las heridas que habían estado supurando en silencio ahora sangraban abiertamente. A los quince años, me puse un frac para ir al baile de la Prepa, con el pelo recién cortado y deseando poder salir con una chica. Con este debut contrario a mi género, mis luchas estallaron oficialmente a la vista de todos. Todo el colegio llegó a la conclusión de que era gay. Preocupada por la posibilidad de que tuvieran razón, planeé buscarme un novio y acostarme con él para demostrar que no era cierto. Esta estrategia desesperada y equivocada terminó con resultados predecibles: experiencias horribles, culpa y aún más vergüenza. Perdí toda esperanza. En conformidad con los [datos actuales](#), mi actividad sexual de adolescente me hizo más suicida que nunca.

Pero en el momento más desesperado, el amor de Dios se abrió paso. Jesús vino a buscar y salvar a los perdidos, y por Su misericordia, eso me incluía a mí. Once días antes de cumplir dieciséis años, tuve una conversión genuina y quise seguir a Cristo a donde Él me llevara. Nunca había sido tan feliz. Jesús me amaba e iba a cambiar mi vida. Yo era una [nueva creación](#): "las cosas viejas pasaron; he aquí que han llegado las cosas nuevas". Debido a que ahora estaba en Cristo, pensé que mi atracción hacia personas del mismo sexo, y los problemas relacionados con ella, "serían eliminados"; esas cosas habían desaparecido. Pero, por supuesto, no era así. Lo que la Escritura realmente dice es que el *proceso de convertirse* en una nueva creación ha comenzado. Mis atracciones y heridas seguían ahí, esperando a ser tratadas. Y yo no sabía hacer otra cosa que reprimirlas. Ciertamente no sabía cómo llevarlas al Señor.

En la universidad, después de años de luchar sola, cedí. Me alejé de Dios y fui directa a los brazos de una mujer. "Salí del closet" y empecé a construir mi vida en torno a mi identidad lesbiana. Tenía una novia y, de hecho, me sentía feliz, "hay placer en el pecado por un tiempo". Y como con el hijo pródigo, mi Padre me dejó ir. No me mintió. No me dijo que podía tener las alegrías de vivir en Su casa y los placeres del país lejano al mismo tiempo. Así que dejé su casa y viajé lejos.

Alejarme de Dios fue una decisión dolorosa pero consciente: sabía que las enseñanzas cristianas que rechazaba eran inequívocas. Pero evadir la conciencia es difícil. En el fondo, sabía que lo que hacía era inmoral. Aunque nunca había oído describir la Ley Natural, sabía instintivamente que estaba violando algo fundamental. Mi cuerpo no estaba diseñado para la actividad sexual que estaba practicando, a pesar

del fuerte deseo y el placer. Pero no quise arrepentirme y me armé de valor para defender mis actos. No había elegido experimentar tales atracciones, de hecho, me parecían "naturales".

¿Había nacido así? Era 1989, y la búsqueda del "gen gay" se intensificaba. Recurrí a argumentar que lo era, pero en realidad no lo creía, era una excusa delgada pero fácil. Por aquel entonces, no sabía que la mayor prevalencia de experiencias infantiles adversas, especialmente abusos sexuales, entre quienes experimentan atracción por personas del mismo sexo y tienen conductas homosexuales, estaba y seguiría estando bien establecida en la investigación. La psicología siempre ha tenido que admitir que las complejas interacciones de la genética, el entorno y la experiencia deben desempeñar un papel, y los impresionantes estudios a gran escala realizados en los últimos años han aportado pruebas definitivas de que la orientación sexual no está predeterminada genéticamente, ni siquiera es principalmente un atributo hereditario. Incluso si tales inclinaciones hubieran sido innatas, ¿cómo eliminaría eso mi responsabilidad de evaluarlas moralmente y ejercer mi voluntad a la luz de la verdad de Dios? Pero estaba disfrutando y no quería pensar en esas cosas. Seguí construyendo mi vida en torno a mi identidad lesbiana.

Durante este tiempo, empecé a buscar seriamente a mi madre biológica y, finalmente, obtuve una orden judicial para desclasificar mi expediente de adopción. La noche antes de presentarla en la capital del estado, salí a unos bares de lesbianas con mis amigas. Mientras caminábamos por el centro de Austin, proclamé un entusiasta desafío: "¡Amo esta vida y nada me hará renunciar a ella!". A la mañana siguiente, un funcionario del estado me entregó mi partida de nacimiento original. Me temblaban las manos al abrir el sobre que revelaba el nombre de mi madre. Por fin podía encontrarla.

En aras de la brevedad, debo saltar hasta el final. No recibí la calurosa bienvenida con la que había soñado. Lejos de alegrarse de tener noticias mías, mi bella madre admitió que había temido ese día. Desgraciadamente, no estaba preparada para su rechazo, y el dolor que sentí me dejó en shock. Lloré durante días, desde que me despertaba hasta que me dormía por la noche. Al cabo de una semana, empecé a darme cuenta de que las lágrimas no me nublaban la vista, sino que me la aclaraban. Como el hijo pródigo, estaba volviendo en mí.

Por primera vez en muchos meses, tuve una conversación con Dios que fue más o menos así: "Dios mío, no sé cómo he llegado hasta aquí. Pero no puedo vivir sin Tí. Y si hay alguna forma de que Tú puedas traerme a casa, tráeme a casa". Tenía que volver a la casa del Padre. Y como en la parábola, mi Padre corría a mi encuentro.

Mis sentimientos, sin embargo, no cambiaron. No quería dejar mi vida lesbiana, pero sabía que Jesús me llamaba a renunciar a ella. Tenía un profundo conflicto y me sentía en un callejón sin salida. "Soy lesbiana. Si soy gay, ¿cómo se arrepiente uno de lo que *es*?". Mientras luchaba con esta pregunta, me encontré providencialmente con un programa de televisión sobre los derechos de los homosexuales. Entre los mensajes, principalmente de afirmación de la homosexualidad, había un breve retrato de cristianos que dejaban atrás la homosexualidad para seguir a Cristo. Me quedé estupefacta. Nunca había oído hablar de alguien así. No es de extrañar que los pintaban como tontos. El entrevistador se impacientó con una mujer que admitió que seguía luchando, "Basta ce todo eso de Dios, dinos la verdad. Ahora mismo, si pudieras elegir, ¿a quién elegirías? ¿Elegirías estar con un hombre o con una mujer?". ¿Su respuesta? "Elijo a Jesús".

Y con esas palabras, la luz inundó mi alma. Pensé: "Puedo hacerlo. *Eso es* lo que puedo hacer. Elijo a Jesús. Porque no puedo decir que elegiría a un hombre. El cien por cien de mí elegiría a una mujer. Pero puedo elegir seguir a Cristo en obediencia. Mis sentimientos sexuales no tienen por qué definirme. Elijo a Jesús".

Así, entregué mi sexualidad a Dios y me centré en seguirle. Al hacerlo, nunca pensé que mis atracciones disminuirían siquiera un punto; esperaba plenamente ser soltera, célibe, y tal vez luchar con anhelos, por el resto de mi vida mortal. Pero estaba dispuesta a hacerlo, porque sabía Quién me lo pedía, "Señor ¿a quién más iremos? Tú tienes palabras de vida".

En aquellos primeros días, mi lucha contra la tentación era realmente feroz y constante. Nunca había luchado contra la lujuria, pero ahora sí. Sinceramente, no creía poder lograrlo, pero mi determinación de caminar por un sendero diferente era inquebrantable. Desesperada, empecé a meditar sobre Jesús y las tentaciones en el desierto. Contemplé cómo, después de cuarenta días, tenía hambre auténtica; sin embargo, no utilizó erróneamente su poder para satisfacer sus necesidades. Se negó a convertir las

piedras en pan. Y fue después de resistirme a las ofertas de Satanás cuando llegó el ministerio de los ángeles. Recordaba esto a menudo mientras luchaba esperando en Dios.

Todavía estaba fresco mi arrepentimiento cuando llegó por correo la mayor tentación: una tarjeta de mi exnovia. Por supuesto que *ahora* volvería a mi vida. "Me están pateando mientras estoy en el suelo", le dije a un amigo, "aquí estoy tratando de seguir a Cristo, y esta es la única mujer a la que no me puedo resistir". Terminé mi desahogo declarando, "Pero no voy a hacerlo. *No convertiré estas piedras en pan*".

Y mientras pronunciaba esas palabras, cerré la tarjeta. Me había apresurado tanto a abrir el mensaje que no había prestado atención a la cubierta. En el anverso había una sola imagen: un primer plano de un montón de piedras. El título de la foto en el reverso decía: "Piedras en una playa". El mensaje divino no podía ser más claro, *Sé que tienes hambre. Esto no es pan*. Mi hambre era legítima; satisfacerla con una relación homosexual no lo era. Debería esperar en Dios y confiar que Él me daría el pan a Su tiempo. Después de todo, fue Jesús quien dijo: ¿Quién de ustedes, si su hijo le pide pan, le dará una piedra?

Las piedras ni son nutritivas ni están diseñadas para la digestión. Las relaciones sexuales con personas del mismo sexo no son unitivas ni complementarias y nunca pueden ser fructíferas. Yo tenía un apetito sexual por cosas que no podían cumplir con el diseño o las intenciones de Dios para mi cuerpo femenino. Así como no fui diseñada para comer piedras, tampoco fui diseñada para las relaciones sexuales con personas del mismo sexo. Dios no me creó para ser "gay". A pesar de lo tenaz de mi atracción por personas del mismo sexo, no soy una tercera categoría de ser humano, ni mi cuerpo y sistema reproductivo están ordenados de manera diferente. En mi sexualidad, mi Padre no dijo que las piedras me servirían de pan. Él no doblegaría la Ley Natural por mí, pero me ayudaría a vivir en armonía con ella. Dios me pidió que confiara en Él porque Él es bueno, y sólo dentro de Su voluntad puedo florecer y ser libre.

Durante mis estudios de posgrado, encontré una iglesia evangélica fiel y fui bendecida con mentores espiritualmente maduros que rezaron por mí. Cuando se enteraron de que me había identificado como lesbiana y seguía experimentando atracción hacia personas del mismo sexo, nunca me etiquetaron con una identidad sexual. Nunca dijeron, "Amy es gay". ¿Cómo nos llama el Buen Pastor? Nos llama por nuestro nombre. Me honraron haciendo lo mismo.

Durante más de diez años, me sostuvieron en el seno de su amistad y sus oraciones. Maduré como discípulo mientras caminaban a mi lado, afirmando mi identidad en Cristo, ayudándome a levantarme después de cada caída y señalándome a Jesús a cada paso del camino. Todavía camino en dulce comunión con estos maravillosos mentores, y ellos oran por mí aún hoy en día.

A lo largo de esta década, mi atracción por las mujeres disminuyó. Al cumplir los treinta, incluso empecé a experimentar un despertar hacia los hombres. Pero nunca lo busqué ni lo esperé; mi orientación me parecía fija, y la cultura me había hecho creer que era una característica que nunca cambia. Más tarde supe hasta qué punto la narrativa de [la inmutabilidad](#) se utiliza por conveniencia política. Las principales organizaciones de defensa de los derechos de los homosexuales han hecho una campaña eficaz para negar la posibilidad de cambio y crear [normas sociales contrarias a la transformación](#). A pesar de sus esfuerzos, [la sexualidad humana sigue siendo fluida](#). El potencial de cambio en nuestros deseos es real, e innumerables estudios y testimonios demuestran esa verdad.

Para mi sorpresa, me casé a los treinta y siete años y tuve dos hijos. Sin embargo, si me hubiera quedado soltera como siempre pensé estarlo, habría estado más que satisfecha. Elegí a Jesús y, efectivamente, Él es más que suficiente. Mi alegría y la plenitud de mi vida no provienen de mi sexualidad ni de mi estado civil, sino de mi Creador y de estar en armonía con Su voluntad.

Como ya he [escrito](#), agradezco profundamente la intención de un mayor acompañamiento pastoral para quienes luchan con su sexualidad. Pero [me preocupan](#) gravemente aquellos cuya respuesta a esa lucha es [abogar por la capitulación ante el pecado](#). En nombre de aceptación e inclusión, muchos predicán que la enseñanza moral cristiana ha estado equivocada por milenios. La realidad es que los mandamientos de Dios son dones de amor; Él sólo prohíbe lo que nos hace daño. ¿Qué motiva este desastroso compromiso sobre algo no sólo atestiguado en toda la enseñanza de la Iglesia, sino también declarado en la teología del cuerpo? Quizá el factor más importante sea una falsa compasión y una equivocada (y mal llamada) misericordia.

Por décadas, se ha sabido que quienes se identifican como minorías sexuales sufren disparidades negativas de salud mental y física en comparación con los heterosexuales. El chivo expiatorio de estas

disparidades ha sido durante mucho tiempo el cargo del "[estrés de las minorías](#)" que emana tanto del rechazo de la sociedad como de la desaprobación de la Iglesia. Nuestra compasión por los que sufren nos induce a error. "Si tan sólo las relaciones entre personas del mismo sexo fueran aceptadas, estas personas estarían bien. Si les damos suficiente tolerancia y aceptación, estas personas no sufrirán más". La verdad es que la aceptación social actual, sin precedentes, la legalización del matrimonio entre personas del mismo sexo y un cambio cultural masivo de poder no han aliviado estas disparidades, como demuestra [un estudio](#) tras [otro](#).

Junto con décadas de [datos](#) de Holanda, el primer país del mundo en legalizar el matrimonio entre personas del mismo sexo, [estudios recientes basados en la población en los EE.UU.](#), narran la misma historia: el aumento de la afirmación social no elimina las brechas de salud mental y física entre los heterosexuales y quienes se identifican como lesbianas o gays. En Australia, cuatro oleadas de encuestas realizadas entre mujeres jóvenes en la década de 2010 arrojaron [resultados similares](#). Los autores expresaron su consternación y sorpresa pues -a pesar de que el estudio se realizó en una época en la que "la aceptación de la sexualidad entre personas del mismo sexo era relativamente alta"- los datos mostraron que "la adopción de una identidad no heterosexual seguía asociada a una elevación grande y significativa del malestar psicológico."

Durante tres décadas, a lo largo de tres generaciones, en tres continentes diferentes, [no se ha dado ningún cambio apreciable](#). ¿Por qué? Porque hay una "ley escrita en el corazón", una Ley Natural, y las sexualidades alternativas violan esa ley. Nuestros cuerpos no fueron hechos para esto, por lo tanto, no fuimos hechos para esto. Los avances tecnológicos pueden crear amortiguadores y el "progreso" político puede ofrecer nuevos derechos. Ninguno de ellos puede cambiar la simple realidad de [lo nocivo](#) y [estéril](#) de las relaciones sexuales no heterosexuales.

Cuando se enfrentan a esta verdad, muchos progresistas -tanto dentro como fuera de la Iglesia- reinciden en sus errores. Los [investigadores australianos](#) proponen que para aliviar la angustia será necesario "reformar las estructuras sociales heteronormativas" y "[d]esmantelar las estructuras sociales que siguen produciendo estas disparidades" con el fin de "apoyar la salud mental y el bienestar de las mujeres jóvenes". Pero el orden y el diseño creados por Dios no son una "estructura social" opresiva hecha por manos humanas. Quienes quieren cambiar la enseñanza cristiana para aliviar la angustia de las personas

identificadas como LGBTQ+ se alinean con esta sabiduría mundana. Para ello, no tienen más remedio que desafiar a Dios e intentar desmantelar la realidad misma. Así, están condenados al fracaso y agravarán el mismo sufrimiento que pretenden curar. Lo que necesitamos ahora es una respuesta compasiva a la comunidad LGBTQ que también sea congruente con la verdad de la persona y sexualidad humanas.

Pastores, sacerdotes y prelados fieles: La afirmación de comportamientos homosexuales y de falsas identidades sexuales no es acompañamiento, es abandono. La auténtica atención pastoral a las personas identificadas como LGBTQ consiste en encontrarlas donde están, amarlas y aceptarlas, y acompañarlas a Jesús, que está lleno de gracia y verdad. Recuerden que ofrecen pan en medio de una cultura que ha normalizado comer piedras.

*¿Quién de ustedes, si su hijo le pide pan, le dará una piedra?*

Un buen padre no da a su hijo una piedra. Un buen padre da pan. Como pastores de su rebaño, les ruego hacer lo mismo.

*Amy E. Hamilton, Ph.D., is a Research Associate at the University of Texas at Austin and a Fellow at the Nesti Center for Faith & Culture-University of St. Thomas, Houston. Dr. Hamilton has been a Fulbright scholar and a Social Science Research Council Sexuality Research Fellow. Her dissertation focused on the life narratives of Christians who had experienced conflicts with their spiritual and sexual identity. She studies and writes on topics related to marriage, faith, gender, and sexuality. Her work can be found at [amyhamilton.org](http://amyhamilton.org). A portion of this essay appears in the recently released (September 2024) volume [Lived Experience and the Search for Truth: Revisiting Catholic Sexual Morality](#).*

*Original article published in English, October 1, 2024, at: <https://whatweneednow.substack.com/>*